

Notas

EL CINCUENTENARIO DE LA "RERUM NOVARUM"

Pocas fechas tan dignas de ser conmemoradas en los anales del catolicismo como la de la promulgación de la encíclica "Rerum Novarum", documento en el cual sintentizó y expuso magistralmente el Sumo Pontífice León XIII los puntos de vista cristianos sobre el delicado y trascendental problema de las relaciones sociales entre amos y jornaleros. Para promulgar esta encíclica escogió su autor el día centenario de la abolición de las corporaciones de artesanos en Francia, efectuada el 15 de mayo de 1791. De modo, pues, que al celebrar el cincuentenario de la "Rerum Novarum" estamos conmemorando asimismo el sesquicentenario de la disolución legal de las asociaciones.

Y por uno de esos giros providenciales de la historia, hemos realizado lo que hace ciento cincuenta años se creyera una utopía: el cristianismo ha sobrevivido a un siglo de laicismo, resistió a la más soterrada pero también la más cruel de las persecuciones que ha visto en su historia, salió airoso de la contienda desleal que le presentaron las sociedades secretas, y se ha constituido nuevamente en fuerza vital y operante dentro de la estructura social. ¿Quién creyera que después de la apostasía filosófica, después de un siglo de materialismo en todas las ramas del saber y predicado para todas las actividades del hombre, después de que los intelectuales se apartaron de Cristo, y los legisladores renegaron de su fe y proscribieron su nombre de las constituciones de los pueblos, la Iglesia de Dios renaciera de sus propias cenizas y tuviera fuerzas para incorporarse animosamente otra vez al cauce de la historia, presentando una doctrina inexpugnable y la única capaz de realizar la armonía entre las clases sociales, puesto que se coloca en el justo medio y reconoce tanto los deberes y derecho del capital como los del trabajo?

Jamás la Iglesia Católica, en sus diecinueve siglos de existencia, había ignorado un día que a ella, como rectora de las conciencias y como fuerza viva de la sociedad correspondía preocuparse por que en las relaciones entre patronos y operarios reinaran los conceptos de equidad, de justicia en su más alto sentido, de derecho en una palabra que no es sino "dar a cada uno lo que es suyo". Pero los modernos sofistas agitadores anticristianos han pretendido hacer creer ahora a los incautos que la Iglesia sólo dejó oír su voz cuando el problema social era imposible de resolver y cuando

el mal estaba tan avanzado que toda medicina era inoportuna: algo así como querer aplicar una inyección a un cuerpo muerto. Mas quienes tal afirman tergiversan la historia o quieren ignorarla. Fue desde los primeros siglos, cuando el influjo cristiano dio impulso nuevo al devenir de los acontecimientos humanos, cuando se predicó el mandamiento nuevo que Cristo legó la víspera de su muerte, y cuando se dijo a un mundo pagano acostumbrado sólo a adular a quienes poseían los bienes de la tierra, que esas riquezas debían ser empleadas en bienes del prójimo y en tanto solamente aprovecharían para la salud, en cuanto se emplearan rectamente: fue entonces cuando se constituyó un tipo nuevo de sociedad, una "ciudad", como dice San Agustín, en la cual cada individuo es una célula que forma parte del todo orgánico pero conserva, como el elemento anatómico, su propia individualidad.

Dos fuerzas antagónicas se disputan la preponderancia en el campo económico: son dos extremismos tan distanciados el uno como el otro de la verdad e igualmente ineptos para orientar el orden: el individualismo y el marxismo. El primero es un egoísmo del capital, que hace del obrero sólo un instrumento de lucro y lo despoja de sus atributos de humanidad; el segundo es un egoísmo del trabajo, una reacción extrema, que por reivindicar los derechos del trabajo quiere abolir la propiedad privada y desconoce los fines superiores del hombre. En medio del fragor de esta lucha dejó oír su voz León XIII para pregonar los deberes y derechos de los ricos y los deberes y derechos de los proletarios. Se distancia del individualismo en que proclama los deberes del capital ante las necesidades del hombre, regidos por las leyes de la naturaleza y no por las de la libertad contractual; apártase del marxismo en que vuelve por los fueros de la propiedad privada y le reconoce el puesto primordial que le corresponde como fundamento de la producción y como prolongación de la personalidad. Y se aparta de ambas corrientes en que pregona la primordialidad de lo espiritual, parte de la base de que en el hombre existe un principio superior y una llamada hacia lo eterno, llamada que no puede dejar de escucharse ni siquiera para dar el paso más insignificante en la vida, cuanto menos cuando se trata de resolver los problemas sociales y de orientar el rumbo de las relaciones económicas.

Fuera de lugar sería aquí entrar a analizar punto por punto las doctrinas del Pontífice, porque ello exigiría una obra que tratara de la función de lo espiritual en todas las relaciones de la vida humana. Pero en esta reseña conmemorativa sí hay que exaltar la personalidad del Pontífice que, guiado por la mano de la Providencia, orientó al mundo cristiano por caminos de renovación y señaló la manera de influir en el desarrollo de la complicada vida moderna, que sólo con la fuerza religiosa puede evitar el constituirse en maremagnum de confusión.

J. S. E.

Una de las características de los tiempos presentes la constituye, sin duda alguna, la presencia de los jóvenes en el primer plano de los acontecimientos, que tradicionalmente se reservan a los hombres maduros. Hoy ya no se espera adquirir la experiencia que dan los años ni las luces que un dilatado estudio proporciona, para adentrarse resueltamente en la selva oscura de la vida. Siéntese la indomable necesidad de actuar; y del seno de las mismas escuelas se desborda, con indecisiones de ala que ensaya el primer vuelo, una turba juvenil que invade todos los campos de actividad, llevando claridades de su entusiasmo a la tribuna y a la política, a los negocios y a la empleomanía, a las empresas de lineamientos apostólicos y a las combinaciones escuetamente crematísticas.

Como sagazmente dice Jiménez de Asúa, "la juventud de hoy cree tener un perfil propio; se siente radicalmente diversa de la madurez imperante, desconfía de las organizaciones políticas y sociales vigentes, y cree llegada su hora de operar". Esta conciencia de sus posibilidades la hace no embridar sus impetus con la prudencia cautelosa de sus abuelos, sino rendirse a ellos con la impaciencia del pensamiento que anhela traducirse en palabras, de la palabra que pugna por cuajarse en acción.

Así, contemplamos en los cargos públicos y privados a numerosos jóvenes, reemplazando con fácil desenvoltura a quienes sólo pudieron llegar a esos puestos tras una larga y laboriosa carrera, porque hasta hace poco, inversamente a lo que ahora sucede, la edad era un factor indispensable para escalar ciertas alturas.

En cambio, en nuestros días, lejos de constituir una limitación, es la juventud un pasaporte mágico que borra las fronteras. Y es tal el prestigio de que se encuentra aureolada, que no pocos ancianos recatan la noble albura de sus canas en aras de una simulación imposible.

Semejante actitud de impaciencia, aunque lleve aparejados los peligros de una preparación incompleta, despierta siempre la más cálida simpatía. Porque fascina ver cómo los años mozos, alborotados y rebeldes, se lanzan al asalto de las viejas injusticias y de los prejuicios carcomidos, llevando como únicas armas el penacho immaculado de su ilusión. Pero la victoria, debida a su impulso alígero o a causas que no acertamos a discriminar bien, al colocarla en los sitios más visibles, donde tiene su sede el esfuerzo director, no hace otra cosa que vincularla a más serias y graves responsabilidades.

En efecto: si actualmente ocupa un lugar preeminente, por haber desalojado de él a la senectud venerable o a la madurez cenital, es para llenar con más intenso brillo la función que desempeñaban los ausentes, esquivando sus errores y duplicando sus aciertos, para justificar así su gesto de mando sin ostentar aún las gloriosas cicatrices de los luchadores cargados de laureles y de días.

¡Escribe Spranger en una página admirable: "La juventud no sólo da derechos, sino que también impone deberes. Y aunque nadie la sujetase, impone deberes para

con el propio futuro. La vida promete mucho, pero sólo a quien conserva el vaso limpio y el brazo tenso. Para que el sueño florido de la juventud no siga la más dolorosa decepción, es preciso que en toda la juventud resuene el sentido de aquellas palabras que parecen trocar extrañamente la pretensión y la realización; lo que la vida nos promete, debemos cumplirlo a la vida”.

Y este imperativo categórico no puede ser otro que el de superar a las generaciones pasadas, realizando lo que ellas no quisieron o no pudieron hacer.

No basta una posición criticista. Es demasiado llano censurar. Y acreedor al desdén más helado el espíritu que únicamente sabe manejar la piqueta, porque como el escarabajo, sólo puede vivir entre los escombros removidos. Desgraciadamente, nuestra atmósfera se ha enrarecido para el elogio generosamente comprensivo, tornándose propicia a la adulación y a la diatriba mordaz. De ahí que se prodigue, no la condenación austera que purifica en su llama, sino la invectiva rencorosa que encuentra malo todo lo que no ha brotado de su entraña sombría.

Ni duda que muchas veces se impone vigorosamente la necesidad de destruir. Entonces hay que hacerlo estrangulando la piedad. Cuando se trata de extirpar las cras sociales que corroen y envenenan. Cuando las sequizas ramazones ahoguen el florecimiento de las plantas nuevas. Pero en todo caso, junto al impulso que derrumba debe perfilarse simultáneamente el impulso que edifica.

La juventud actual cumplirá su misión desarrollando en grado excelso sus energías creadoras. Está bien efectuar el balance del pasado, no con el afán morboso de encontrar lunares, sino para que del conocimiento de sus deficiencias y sus grandezas se desprendan enseñanzas fecundas que nos alejen de los costosos equivocados, mostrándonos las sendas rutilantes de la victoria. Mas la tarea analítica ha de encontrar su complemento en el esfuerzo personalmente constructivo.

Si los jóvenes de ahora traen un mensaje de luz en los flamantes pliegos de su bandera, y se consideran capaces de expresarlo en forma perdurable, que lo hagan cuanto antes, modelando la ríspida arcilla de los hechos con las manos febriles empapadas en rocío de madrugada. La originalidad que imprescindiblemente han de insertar en sus obras no debe asumir un carácter formalista, sino ser profundamente sustantiva. Es sencillo revestir con la “fermosa cobertura” de la novedad, cosas que llevan indeleblemente marcada la injuria del tiempo, y que la ignorancia o el olvido nos hace considerar como recientes; pero es labor de titanes, reservada a las generaciones o a las individualidades geniales, realizar algo fundamentalmente nuevo en el mundo de la belleza, de la ciencia o del bien.

Y precisamente se es joven en la medida de que se disponga de ese poder creador que apartándose de las huellas cien veces calcadas, hace que la humanidad dé siquiera un paso hacia adelante o hacia arriba. No es suficiente el inconformismo con

el medio que nos rodea ni menos que la rebeldía se circunscriba a los alardes declamatorios, sino que es de todo punto necesario escalonar actos que hundiendo su inextinguible resplandor en la noche de las imperfecciones vigentes, hagan flotar una mansa claridad sobre el dolor y el egoísmo, haciéndonos un poco mejores.

Pero es sumamente arduo ser original, y la mayoría de las veces las buenas intenciones derivan lamentablemente hacia la extravagancia. Se pretende ser de los "nuevos" diciéndose estridentista en literatura; prestando sistemática adhesión a la última teoría científica; adoptando una actitud desdeñosa para todo lo antiguo, y aun simplemente saliendo a la calle sin sombrero. Estas ridiculeces revelan no sólo vaciedad interior, sino falta absoluta de novedad, porque la tontería ha sido patrimonio de todos los tiempos.

Si la juventud actual realmente posee una auténtica personalidad, que no se paga de nombres sonoros, y así lo deseamos con fervor de esperanza, es menester que la revele en hechos robustos, aportando a la solución de los problemas sociales su desinterés y su fe, su dinamismo y su sinceridad, para que sobre la ruina de las viejas pasiones y de las torvas maldades se levante el edificio luminoso de la sabiduría y del amor.

México—1941.

Lic. Alfonso Francisco RAMIREZ.

DEMOCRACIA Y REVOLUCION

A propósito de la tercera edición del "Discurso a las Juventudes de España", de Ramiro Ledesma Ramos.

Escribe Ledesma Ramos: "Creo firmemente que el mundo entero, y de modo singular Europa, atraviesa hoy una época de amplias y grandes transformaciones. En la digresión final que publico a continuación del Discurso, sostengo el criterio de que las realidades subversivas que presiden hoy la transmutación europea tienen efecto bajo un signo extraño: el de ser sus ejecutoras y realizadoras, no las fuerzas tradicionalmente revolucionarias, como por ejemplo, el marxismo, que habían llegado a nuestra época provistas de una doctrina y de una táctica revolucionarias, sino otras surgidas en estos mismos años, y que se caracterizan tanto por su expresión nacional y por aparecer vinculadas a las juventudes como por conseguir su victoria a costa precisamente del marxismo".

La Revolución es la realización plena de una concepción del mundo. Por ello toda Revolución supone una transformación total de la regulación de la Sociedad, de la forma de la Economía y de la organización del Estado. Para serlo de veras, una

Revolución ha de poseer una determinada concepción del mundo. Una "weltanschauung", que se distinga por una indeficiente virtualidad creadora.

Además, la Revolución es un triunfo de la Democracia. Aludo nuevamente en esta nota, a las diferencias ya explicadas en una nota anterior, y que oponen la Democracia y el Liberalismo. Tales diferencias han sido definidas por el Profesor Carl Schmitt. Conocidas ellas, es necesario hacer una explicación del proceso y del funcionamiento de la organización liberal del Estado y la Nación. Se comprenderá que el liberalismo conduce lógicamente a su propia inevitable superación, para ser substituído por la democracia, la cual, a su turno, debe ceder ante el liberalismo. Es la superación o extinción del Estado de Derecho.

El Estado liberal tiene una íntima y vigorosa tendencia a despolitizarse, a ser "neutral". Quiere colocarse sobre las luchas políticas. Pero el Estado es esencialmente político, porque es decisión política y coacción gubernamental. Así la teoría liberal separa el Estado y la Sociedad: ésta es una esfera autónoma de vida humana, ante la cual el Estado no puede disfrutar de ninguna función directora. La autonomía política de la Sociedad expresa la "neutralización" del Estado, su transformación en un conjunto de simples frenos inhibitorios que deban impedir que aquella autonomía pueda sufrir alguna mengua, o cierta lesión.

El dualismo "Estado-Sociedad" se manifiesta teóricamente en la concepción de las libertades personales y derechos civiles. Aquéllas son anteriores al Estado, el cual debe aceptarlas o reconocerlas simplemente. La economía nacional tiene, pues, en la anterioridad de las libertades de la persona humana, la condición jurídica de la autonomía política de que ella disfruta.

Siendo la Sociedad un conjunto de funciones económicas y sociales que existen independientemente y que el Estado no puede dirigir ni regular, se han creado así los supuestos de dos fenómenos paralelos, inevitables en todo Estado de Derecho: la "politiquización" de la economía y la "economización" de la política. Ambos se expresan en la constitución de la "policracia", o "pluralismo político".

La denominada "esfera privada" de la vida personal, autónoma y libre, al formar una posesión económica vigorosa y fuerte, se instala cómodamente en el dominio de la "esfera pública" del Estado y la Nación. En tal virtud, el Estado no sólo está dirigido entonces por los grupos económicos, sino que los problemas y hechos económicos se transforman en cuestiones y hechos políticos. Es la "politiquización" de la economía.

En Colombia la "politiquización" de la economía es un hecho evidente e innegable ya.

Pero además, se ha advertido, que se realiza un segundo fenómeno social paralelo: es la "economización de la política". El Estado se transforma lentamente en un comité de gestión y defensa de los grandes intereses económicos: empresas, trusts, la banca, etc. el Estado se "privatiza", porque la política se ha "economizado", o sea, es la expresión de la posesión de riquezas.

En nuestra nación todavía la "economización de la política" no es muy nítida, pero hay ya algunos hechos que demuestran que ella ha empezado a realizarse.

Tanto la "politiquización de la Economía", como la "economización de la política", se expresan en la "policracia", o conjunto de constelaciones o complejos sociales de poder. Carl Schmitt dice: "La policracia de los titulares de la economía pública se construye, jurídicamente, en términos esenciales, sobre la autonomía política y la administración autónoma...". La policracia hace del Estado un constante compromiso, una permanente transacción, es decir, lo debilita, lo rebasa, lo aniquila. Schmitt declara: "Asimismo el Estado pluralista, con sus continuadas componendas entre partidos y fracciones, transforma el Estado en un cúmulo de compromisos y contratos, por medio de los cuales los partidos que integran la coalición se reparten entre sí, según una proporción numérica, todos los cargos, ingresos y ventajas, y llegan a considerar como equidad la conducta que en esas cuestiones observan".

El "pluralismo político" o "policracia", está condicionado por la grandiosa potencialidad de lo político. Dice Schmitt: "La peculiaridad de lo político radica, sin embargo, precisamente, en el hecho de que todo sector imaginable de la actividad humana es, en potencia, político, y se convierte efectivamente en político cuando los conflictos y cuestiones decisivos se agolpan en este sector".

Cuando el Estado es un "compromiso", cuando la economía se ha "politiquizado" y la política se ha "economizado", el Estado de Derecho ha sido superado, aniquilado. El liberalismo cede ante la democracia, y ésta se realiza imponiendo una transformación revolucionaria. He ahí la explicación y el análisis de los hechos políticos que condicionan la superación y destrucción del Estado de Derecho, que queriendo despolitizarse es rebasado por la política.

Los aludidos fenómenos sociales suscitan la anemia de la economía nacional, su dispersión, su anarquía. Son los momentos en los cuales el capitalismo se muestra como una economía deshecha, o débil. Ledesma Ramos afirma: "La economía actual de nuestro país es raquítica y casi casi se encuentra en el orden de las economías coloniales.... España posee un capitalismo rudimentario—traidoramente rapaz—que rehuye todo riesgo y vive en absoluto al margen de toda idea de servicio a la economía nacional española. Nuestra economía no es libre, es decir, está impedida de adoptar las formas y de seguir las rutas que más convienen a su propio avance y al bienestar general de todo el pueblo".

El instante histórico de la destrucción del Estado de Derecho representa una afirmación de la política ante la economía, de la decisión ante la posesión. En ese instante, "la historia la hacen los poderes victoriosos", para utilizar una frase de Ledesma Ramos. El titular del Poder Constituyente recobra su autonomía metajurídica.

El Estado se pone en "estado de naturaleza", es pura decisión política y la Constitución que haya de sustituir a la derogada, expresa justamente la nueva decisión política. Toda Constitución es una decisión política que realiza la unidad del Estado.

La Democracia y la Revolución realizan, acuciadas por la necesidad de aniquilar la "economización" de la política y la "politiquización" de la economía, una unión de lo nacional y lo socialista. Ledesma Ramos dice: "He aquí esas dos palancas: una, la idea nacional, la Patria como empresa histórica y como garantía de existencia histórica de todos los españoles; otra, la idea social, la economía socialista, como garantía del pan y del bienestar económico de todo el pueblo".

La conjunción de esas dos "ideas" o nociones, elimina la antítesis "Estado-Sociedad". El dualismo mencionado responde a los intereses políticos de la burguesía. Legaz y Lacambra declara: "Debe advertirse que la "sociedad", en el sentido de un concepto distinto u opuesto al Estado, es una categoría histórica, un concepto liberal nacido precisamente en la lucha de la burguesía por ascender al Estado. Bajo el régimen absolutista, la "sociedad" se iba constituyendo en lucha contra el Estado y como un concepto polémico frente a él. La "sociedad" era la clase social de la burguesía, dominante desde el Renacimiento, y, sobre todo, desde el auge del capitalismo. Esa clase social luchó por organizarse en Estado, y en esta lucha dispuso de un arma formidable, que fue la ideología que trató de realizar la Revolución francesa. En su lucha contra el Estado, es decir, contra el Estado histórico existente (absolutista), tuvo a menudo que pactar con los residuos del antiguo régimen, principalmente la Monarquía y los poderes conservadores que la rodeaban. Pero nunca renunció a implantar totalitariamente su propio punto de vista, allí donde pudo derrumbar a los poderes tradicionales".

La antítesis "Sociedad-Estado" se expresó también en la teoría del Derecho Político, en la definición de dos Constituciones: la Constitución Política y la Constitución Social. Esta expresaba la estructura normativa libre de la Sociedad y aquella era la manifestación de la especial organización del Estado.

La superación de la antítesis está condicionada por un hecho social protuberante: las masas, la movilización de las masas, su lucha contra el Estado de Derecho. Ledesma Ramos escribe: "Cada época tiene sus resortes, y en cada época hay unas eficacias particulares. Ignorarlas supone permanecer al margen del éxito. Pues bien, en esta época son las masas los instrumentos únicos de grandeza nacional". Sociológicamente las masas se distinguen y se hacen presentes por la confianza. Es la confianza la que las lanza contra el débil Estado de Derecho. Legaz y Lacambra dice: "La Edad Media muere con el nacimiento de un nuevo tipo de hombre diferente del que había predominado hasta entonces. Este nuevo tipo de hombre está cualificado por esta característica: la desconfianza". Pero en las masas, la desconfianza inicial del hombre moderno, se torna en confianza, en deseo de entregarse al Estado, de no desconfiar de la organización política que ellas mismas se hayan dado. Es decir,

porque el hombre de la edad moderna fue un hombre desconfiado, porque en virtud de esa desconfianza luchó contra el Estado feudal, las masas tienen confianza en el nuevo Estado, en las nuevas regulaciones de la vida política.

Las masas no se guían por motivaciones jurídicas. Son al contrario, la más perfecta realización de una distinta posición espiritual ante los hechos de la existencia política del hombre. Las masas poseen una "verdad", su "verdad". Así queda eliminada la condición espiritual del Estado de Derecho. En efecto, en todo Estado de Derecho se estima que de la discusión libre y objetiva ha de surgir la verdad. Tal es el supuesto psicológico de la organización representativa de los Parlamentos o Congresos. En los primeros o en los segundos, la discusión permitirá que se descubra "la" verdad. El "homo iuridicus" del Estado de Derecho es un hombre escéptico que no posee una verdad y que por tanto, considera que la discusión le entregará la verdad. Es la desconfianza, realizada en la teoría política. Contrariamente, las masas o el hombre de este momento, se creen en posesión de la verdad, de una verdad que no debe someterse a la prueba parlamentaria de la discusión.

Por consiguiente, la insurgencia política de las masas destruye los supuestos espirituales del Estado de Derecho y crea las condiciones psicológicas de una reorganización del Estado y de la Nación.

Tal es la exacta interpretación de los hechos espirituales que precipitan la quiebra del Estado de Derecho, el triunfo de la Revolución y la afirmación de la Democracia. El primero desaparece. La segunda se realiza. Y la tercera es el procedimiento político y estratégico para eliminar el Estado de Derecho y realizar la Revolución.

Luis E. NIETO ARTETA.

LOS POEMAS DE EDUARDO CARRANZA

Aunque tardamente, con agradable oportunidad llega a mis manos argentinas el número 18, correspondiente a octubre-noviembre, de la revista UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA, que dirige el ilustrado Pbro. Dr. Manuel José Sierra, en Medellín, Colombia. Y digo agradable oportunidad, puesto que fue a los pocos días de que un amigo entusiasta me hablara de los poemas de Eduardo Carranza, de quien incluye en ese número UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA una selección en sus "cuadernillos de poesía colombiana". La selección y comentario están hechos por Daniel Arango que ha tomado como perfil de enfoque la frase de Kayserling: "Mueven al espíritu fuerzas tan misteriosas, que no es posible precisar qué llega a él con mayor resonancia".

Efectivamente, a poco que se penetre en el mundo de la poesía de Eduardo Carranza, ya se advierte ese bosque de magia que circunda a la inquietud de todo creador auténtico. Su poesía es, precisamente, *la poesía*, sin más denominación ni estilística. "Por ella pasa el mundo que todos soñamos en la memoria de la sangre", advierte Daniel Arango con pavorosa exactitud.

Pasando las páginas del prologuista — no menos poeta que el prologado — hay que ir directamente a ese continente *para descubrir*, que es la poesía de Carranza. *Descubrir* en poesía, quiere decir casi siempre *recobrar*. Es así: yo sé que el poeta dirá de cosas que están en mí, *que yo había imaginado en alguna zona del espíritu, en tiempo sin medida*. Y en el movimiento del poema, perfiles amigos, países nuestros, islas, islas del Nunca-Jamás, fechas, briznas, dolientes retratos, gemidos de flechas y sangre enamorada, nos proclaman ciudadanos de ese mundo difícil de explicar, porque no está en el mapa doméstico de las jurisdicciones establecidas.

En la breve selección que da UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA de los poemas de Eduardo Carranza, se incluye "Domingo", "Violeta para ilustrar una elegía", "Canciones para despertar a la bella durmiente" y la a mi parecer magnífica "Elegía a Maruja Simmonds, sobre el cielo de Popayán", composiciones más que suficientes para definir victoriosamente una alta voz de la lírica americana. Sobre todo, la Elegía a Maruja Simmonds, por la que el viento fantasma que sobrecojía a Poe en su Annabel Lee envuelve ese paisaje de sueños y de musical secreto. Maruja Simmonds, que habita "en Popayán de piedra pensativa". El primer verso de la elegía es ya un aruncio de lo que el poeta dirá:

*En Popayán de piedra pensativa.
En su clima de tibia melodía.
Bajo una antigua niebla de leyendas
y un trémulo glosario de campanas,
era Maruja Simmonds dulce y firme
con su alma de roble y de violeta.*

Y en seguida el retrato, que brota de un trasluz de luna, asomando por su hombro de nardos:

*Bajo ese breve cielo de su frente,
dos primaveras mínimas: sus ojos.
Dos recuerdos de luna eran sus manos.
Y en su voz anidaba una paloma
de dulzura, de llanto, de sonrisa.
Asomaba la luna por su hombro.*

Y surge el paisaje del retrato, en ese mundo sin geografía de la poética, en esa inexpugnable jurisdicción del ensueño:

*Como un arroyo húmedo de cielos
bajando por los días de su cuerpo.
Como estatua morena de azaleas.
Como caliente nido de perfume.
Como humana respuesta a las estrellas.
Así Maruja Simmonds en la tierra.*

*Dibujada en la luz de Popayán.
Por un arpa escoltada y una rosa.
Dos abejas azules en sus sienes
zumbaban y era el alto mediodía,
el cenit amoroso del verano,
la dorada estación de la alegría.*

El canto 2 de esta hermosa elegía comienza con un verso que quiero particularmente señalar:

Miro con la mirada del poema.

El poeta lo ha dicho. Esa espontaneidad le vale toda una corazonada. "Miro con la mirada del poema". Siglos ha, el conde Arnaldos escuchó maravillado el anuncio sibilino del navegante del romancero: "Yo no digo esta canción — sino a quien conmigo va". Siglos después, el chileno Pablo Neruda se esfuerza por explicar: "Hablo de cosas que existen. Dios me libre de inventar cosas cuando estoy cantando!", grito éste que expresa una dolida falta de religiosidad, una inadvertencia de la radio-sa presencia que pone música a las andanzas del espíritu, en esa comarca perfecta de la poesía, que es santidad.

Eduardo Carranza mira, pues, con la mirada del poema:

2

*Miro con la mirada del poema:
tres doncellas avanzan por un prado,
—verde alfombra de ritmo vegetal—:
Maruja como el Hada del Rocío,
Mercedes como el Ángel de las Frutas,
Carmiña de cristales indecibles.*

*Van tejiendo guirnaldas de canciones.
Son un techo de aroma los naranjos.
Y piensan arco-iris las hortensias.
Carmiña como un ramo de jazmines.
Y Mercedes con nubes en el habla.
Y Maruja morenamente hecha
de distancia y altura como un ala.*

3

*La muerte con sus ojos de violeta
acechaba en el aire y las ventanas,
Como un viento violeta era la muerte*

*gimiendo por los largos corredores,
Como invasora niebla de violetas
y violines violeta sollozando.*

*La muerte con sus manos de violeta
cerró sus párpados. Maruja Simmonds
fue como un dulce río detenido:
río ascendido a nube para siempre.
Y hay naranjos de luto para siempre,
y voces para siempre ya de luto.*

Annabel Lee torturaba las sienes del afebrado soñador de Boston con su presencia celeste y su recuerdo de mar trágico. Maruja Simmonds está así:

4

*Ese cuerpo de aroma, ese vacío
azul y transparente del rosal.
La escondida presencia constelada,
sensible sólo al tacto del recuerdo.
La verdad cristalinísima del sueño.
Así Maruja Simmonds en su cielo.*

*Una tronchada música inclinándose
como invisible orquídea de sonido
en no sé qué ventanas, más allá.
Una ausencia indeleble de bandera.
Así Maruja Simmonds en su cielo.
En su vida sin tiempo como el sueño.*

Poema de esta naturaleza no acepta cortes de transcripción, ya que su unidad de río tiene una fuente donde nace, un cauce en que se manifiesta y un mar en que desemboca. Así, la traslación íntegra que los lectores avisados aprobarán:

5

*Se asoma hacia la tierra por los pájaros
y en su nombre nos miran azuleas.
Hay un lirio en el sitio de su cuerpo.
Mariposas preguntan por su voz
en un voluble idioma de reflejos.
Asomada en su alma ella sonríe,
detrás del aire, pensativamente.*

y 6

*Su tumba: el cielo sobre Popayán.
Su epitafio: de nubes anhelantes.
Su lápida: es el aire azul y claro
que clavan los luceros como clavos.*

La "Elegía de Maruja Simmonds, sobre el cielo de Popayán" alcanza para consagrar a su autor en nuestra más viva simpatía.

"Domingo" es otra de las composiciones que integran la selección y lleva una anotación marginal de extraordinaria sinceridad: "En donde un hombre se lamenta como un hombre". Ese domingo absurdo de nuestras ausencias, ese domingo que nos acecha durante toda la semana para llegar al fin, diciéndonos con amarga convicción: "Estamos solos, con soledad de siete soledades, estamos tan solos como el mundo". Ese domingo de los poetas y de los enfermos, que señala con dedo fantasma las fechas más inolvidadas.

*Con su hoja volando hacia la noche,
rayado de llovizna y desencanto,
este domingo sin tu visto bueno
llega como una carta equivocada.*

Hasta esta patria rioplatense me llegan los poemas de Eduardo Carranza. No intento el comentario, que resultaría de todos modos inoficioso. Me limito a anotar mi adhesión a las palabras de Arango:

"Tratar de medir la huella que le ha ceñido el paso de la belleza, sería confundir la lírica con cualquier convención estética. El poeta es valorado en factores cordiales, ya que en él se percibe como en nadie el angustiado correr de las horas, la silenciosa marea del mundo".

Y Eduardo Carranza advierte, navega y sufre esa marea inevitable, en definida latitud del corazón.

Vicente **BARBIERI**.

Enero 1941.
La Plata, Argentina.

SOBRE LA FILOSOFIA EN IBEROAMERICA

Una de las sorpresas de estos últimos años es el rápido crecimiento del interés por la filosofía en Iberoamérica. Casi ningún país en el Continente y sus islas hace excepción, aunque, naturalmente, no todos ostenten la curiosidad y capacidad filosófica en el mismo grado. En algunos, la preocupación filosófica encarna de momento en unos pocos estudiosos, aunque es presumible, por varios síntomas, un incremento a corto plazo. En otros es visible el arraigo y aun la organización del trabajo filosófico en la gradación de las generaciones. Cito, sólo por vía de ejemplo, al Perú, que cuenta con la figura admirable y patriarcal de Alejandro O. Deustua, con buen número de hombres en distintos escalones de una productiva madurez, y con

crecida cantidad de jóvenes animosos. La aparición de libros de filosofía es ya cosa frecuente. En las revistas de cultura abundan los artículos filosóficos: he registrado personalmente más de cien aparecidos durante los años 1939 y 1940, y si se piensa en los que no han llegado a mi conocimiento, una tercera parte por lo menos, acaso la mitad, y en las meras notas bibliográficas, excluidas de mi cómputo, se tendrá una idea anroximada de la considerable masa de tales publicaciones en la América de nuestro idioma. El hecho es digno de atención y merece algunos comentarios.

Ha de señalarse ante todo la distinta calidad de la actual proyección hacia la filosofía, comparada con la de otras épocas. En tiempos distantes se ha filosofado sin duda en la América de habla española y portuguesa (1), pero sin que ello atestigüese un interés notable por la intensidad ni por la extensión. O se filosofaba en función de la cátedra, por exigencia de planes de estudio, o el interés personal era tan solitario que constituía rareza y quedaba sin eco efectivo. En época más próxima comienzan a surgir, aquí y allá, hombres con vocación bien definida, antecedentes inmediatos del movimiento presente. Su capacidad y energía, la magnitud del esfuerzo que debieron cumplir no necesitan ser ponderados: maestros de sí mismos, nada han debido sino a su propio esfuerzo, y se aplicaron a una tarea que ni tuvo el estímulo del auxilio magistral ni se vió incitada por una consideración o respeto general hacia este género de estudios. A veces ejercieron influjo en pequeños núcleos; a la larga el resultado de su magisterio ha sido grande, mayor probablemente de lo que ellos mismos esperaban. Uno de los rasgos de esta serie de maestros eminentes ha sido el aislamiento. Salvo una que otra excepción, estaban acostumbrados a la soledad, y hasta podría decirse que contaban con ella por adelantado: ni los desanimó ni se rebelaron contra ella. Hasta donde yo puedo juzgar, lo habitual es que no hubiera relación personal entre ellos. Carecieron hasta de las más merecidas sanciones, hasta de los más legítimos halagos. Pese a todo, han dejado una obra por lo general respetable, en ciertos casos de subido valor. Y dejan además tras sí un elevado ejemplo de vida limpia y austera, sin desmayos, sin vanidad, sin resentimientos. Sobre todo esto habrá que volver otras veces más de propósito.

Esta soledad y aun esquizvez de los pensadores iberoamericanos que realizaron su tarea — o lo principal de ella — antes del actual despertar filosófico, es ya cosa del pasado. El momento presente marca el ingreso de la preocupación filosófica en el común cauce cultural. Los lectores de filosofía rebasan ya con mucho los círculos reducidísimos y fácilmente identificables de hace algunos años; abundan, están en todas partes y aun donde menos se los pudiera sospechar. Contra lo sucedido hasta hace poco, cuando toda formación seria debía buscarse fuera del aula, y el interesado corría todos los peligros que acechan al autodidacto, comienza a ser posible una adecuada formación escolar que provea de los instrumentos esenciales y garantice mediante ellos el rendimiento pleno del trabajo individual. Y los que se de-

(1) Véase el trabajo de Aníbal Sánchez Reulet "Panorama de las ideas filosóficas en Hispanoamérica", publicado en la revista "Tierra Firme", II, N° 2, Madrid, 1936.

dican a estos estudios se conocen y buscan la relación, practican un intercambio cada vez más activo. De este modo se van dando las condiciones externas favorables para una producción intensa y continuada, con la conciencia de participar en un trabajo solidario y conexo; la filosofía deja de ser vista como propensión arbitraria, caprichosa, y se aprovechan vocaciones, puesto que para profesarla con asiduidad no es ya indispensable el temple excepcional de los varones de la tanda anterior. En pocas palabras, se inicia una etapa de normalidad filosófica.

Veamos lo que entendemos por "normalidad filosófica" en este caso. Ante todo el ejercicio de la filosofía como función ordinaria de cultura, al lado de las otras ocupaciones de la inteligencia. No ya como la meditación o creación de unos pocos entendimientos conscientes de la indiferencia circundante; tampoco, por lo mismo, como la actividad exclusiva de unos cuantos hombres dotados de una vocación capaz de mantenerse firme, a pesar de todo. Como cualquier oficio teórico, la filosofía permite y aun requiere el aporte de mentes no extraordinarias: basta el indispensable sentido para estos problemas, la seriedad, la información, la disciplina. La lectura corriente de escritos filosóficos por interesados cada día más numerosos, el mutuo conocimiento e intercambio entre quienes activamente se ocupan en filosofía, va originando lo que podríamos denominar el "clima filosófico", una especie de opinión pública especializada que obra y obrará cada vez más, y según los casos, como estímulo y como represión, como impulso y como freno: esto es, como una vaga, indeterminada sanción continua que antes y después de los juicios expresos de la crítica, corrigiendo lo que hubiera en éstos de partidismo y apreciación individual, promoverá calladamente ciertas cosas, impedirá o dificultará otras, distinguirá planos y establecerá jerarquías. Crecerá así la comprensión para el esfuerzo serio, la estima para el aporte válido; disminuirá el aprecio hacia la improvisación brillante, hacia cualquier conato de suscitar la sorpresa o el deslumbramiento. La labor filosófica actual se considerará inserta en la línea del desarrollo multiseccular del pensamiento; no como un salto, sino como un progreso, cuando en verdad lo sea. Se irán corrigiendo dos opuestos y engañosos puntos de vista, igualmente nocivos ambos para la dignidad de estos estudios: el que sostiene que todo ha sido dicho ya, y no queda sino repetir devotamente los esquemas ilustres, y el que espera revelaciones portentosas, novedades inauditas, creaciones *ex nihilo*. Lo primero importa decretar la radical esterilidad del presente y del futuro, negarles sin ninguna razón valedera la virtud innovadora que late en toda época, y acogerse a una plácida contemplación de la riqueza allegada por los antepasados. Es la cómoda actitud del heredero, que cuando se extrema culmina en la necia dilapidación del legado. En cuanto a la espera y demanda de portentosas revelaciones — residuo de la actitud mítica — acusa ignorancia, porque la historia de la filosofía atestigua en cada uno de sus instantes la continuidad y articulación del pensamiento filosófico, que hasta en sus grandes recodos e inflexiones cuenta con las adquisiciones sucesivas y en ellas se apoya para perfeccionarlas y aun para contradecirlas.

Uno de los signos más promisorios es la voluntad de agrupación y de mutuo conocimiento entre quienes se consagran a la faena filosófica por profesión o vocación. Van surgiendo núcleos o sociedades en varios países, que reúnen a muchos, si no a todos los que en ellos trabajan en filosofía. Ultimamente, y con muy corto intervalo, se han fundado agrupaciones de esta índole (que yo sepa) en México, en Perú y en el Uruguay; entre nosotros, la Cátedra Alejandro Korn, recién creada en el Colegio Libre de Estudios Superiores, responde, aunque sólo en parte, a los mismos fines. La simultaneidad de estas iniciativas, su intención pareja, revelan que obedecen a una necesidad real y unánime, y descubren una vez más el sorprendente sincronismo en muchos aspectos del desenvolvimiento cultural iberoamericano, impresionante si se tiene en cuenta la parcial o casi total incomunicación entre ciertas zonas, y la débil conexión entre las demás. Pero ha de notarse que el afán de aproximación no se queda en buscar la formación de tales grupos nacionales. La filosofía está animada en nuestra América de un enérgico sentido continental. Es ya habitual que los estudiosos mantengan relación frecuente e intercambio de publicaciones, y hasta que, pese a las limitaciones del comercio epistolar, conversen y discutan a la distancia sobre proyectos y preocupaciones. El designio de comunicación comienza a anidar también en los grupos que se organizan, con lo que el intercambio revestirá contornos colectivos y planeados, robusteciéndose así poderosamente y convirtiéndose en régimen estable y en obligación lo que hasta ahora quedaba librado a la buena voluntad o a la amistad ocasional entre algunos — o mejor dicho, entre muchos.

Con todo esto nos aproximamos a la organización y coordinación de la vida filosófica en nuestro ámbito. Ciertas expresiones que como espontáneamente se vienen al teclado de la máquina al escribir de este tema, dicen más en su concisión de fórmulas que largos y circunstanciados desarrollos; expresiones como clima filosófico, vida filosófica, conciencia filosófica, designan una disposición actual de nuestra cultura y nombran lo que acaso constituye en ella la dimensión más reciente, la novedad más fresca y prometedora. Y al mismo tiempo expresiones como éstas, si se atiende con estrictez a lo que enuncian, salen al paso a posibles mal entendidos. No se afirma, por ligereza o vanidad pueril, la aparición inexplicable y repentina en el área de nuestra cultura de un pensamiento robusto y autónomo, ni ninguna milagrería por el estilo y ajena al curso natural de las cosas. Tal acontecimiento, de ocurrir, sería sospechoso de artificiosidad y habría que ver en él un resultado fortuito sin raigambre ni porvenir. Lo existente es mucho más modesto, pero también mucho más sólido y autoriza cualquier esperanza, ya que es el supuesto indispensable para que surja y prospere a su tiempo una filosofía original. La vena filosófica aflora por todas partes; fuera estupidéz o malevolencia exigir que las aguas broten desde luego abundantes y cristalinas, cuando en países de muy madura civilidad a veces hubo apenas hilillos precarios. La naciente filosofía tiene que ir mucho a la escuela todavía; y aun se la debe incitar a que prolongue la escolaridad, porque todas las precocidades — y más las de la inteligencia — son peligrosas, y en los casos menos graves se resuelven en la-

mentables pérdidas de tiempo. Lo esencial en definitiva es esto: que en nuestra espiritualidad la vocación filosófica ha llegado a adquirir conciencia de sí y busca su expresión. Todavía tendrá que crearse ella misma las circunstancias propicias, el ambiente favorable; pero todo organismo vivaz sabe recortarse su propio medio, neutralizar los obstáculos y asegurarse un contorno que favorezca su existencia y crecimiento. Lo que se ha adelantado en estos últimos años es tanto, que apenas vale la pena recordar ciertas indiferencias culpables, los dictámenes de quienes argumentaban más o menos así: "Puesto que hasta ahora no ha existido verdadera filosofía entre nosotros, es que somos negados para el filosofar". Como si en alguna parte hubiera habido plena y compacta filosofía... antes de haberla.

Uno de los síntomas de que nuestra vocación filosófica, alimentada en todos los grandes veneros del pensamiento, ha alcanzado conciencia de sí como energía plural y unánime, es su amorosa vuelta hacia el pasado. Toda autoconciencia, al averiguar lo que se es, plantea con ello un problema de orígenes, pregunta de dónde se viene. La aclaración e inventario de nuestro pasado filosófico preocupa en estos instantes a buena cantidad de jóvenes estudiosos iberoamericanos, la mayor parte de ellos, con seguridad, ignorantes de que otros indagan el mismo asunto en otros países. Hasta se han constituido grupos ad hoc para estas averiguaciones, que sea cual fuere su importancia en el estricto plano filosófico, han de enriquecer y completar la historia general trayendo a ella el aspecto, muy descuidado hasta ahora, de la marcha de las ideas y sus repercusiones. Esta última consideración debe preponderar, para que en muchos casos la evidente escasez de originalidad y de impetu especulativo no lleve a descuidar el examen de corrientes de pensamiento cuya influencia en la vida americana ha sido considerable. El estudio retrospectivo — cuya intensidad, cuando se refiera con algún detalle, será una sorpresa para quien lo se haya enterado por su cuenta de este movimiento novísimo — se complementa con las ediciones y reediciones de viejas obras americanas de filosofía, como los cursos de Lafinur y Fernández de Agüero editados en Buenos Aires, las "Lecciones de Filosofía" de Félix Varela publicadas en La Habana, y los libros de Fray Alonso de Veracruz y de Gamarra que se preparan en México.

La presente preocupación por la filosofía en Iberoamérica ofrece condiciones y aspectos muy ricos y diversos que suscitan la exposición y el comentario; pero por debajo de los hechos visibles y patentes, la manera como se ha incubado y continúa germinando en lo profundo este movimiento, y las consecuencias que deben extraerse de esta nueva etapa en la maduración de la conciencia continental, sobrepasan con mucho en magnitud y alcance al mero registro de un haz de nuevas faenas culturales y las halagüeñas perspectivas que puedan deducirse para el porvenir cercano o distante de estos estudios. Los hechos y lo que late bajo ellos invitan a reflexionar sobre temas mucho más amplios: sobre el curso total de la cultura en estas tierras, sobre su papel futuro dentro y fuera del orbe americano, sobre la indole y los caminos de la espiritualidad de América... y sobre la peculiaridad del "hecho"

americano, enmascarado bajo el desmigajamiento de "los hechos" americanos y de su engañosa asimilación a otros hechos dispares. Acaso más adelante sigan a estas notas preliminares otras consideraciones sobre algunos de esos puntos.

Entre las manifestaciones del interés hacia el pasado filosófico, la proyección hacia el pretérito más inmediato tiene carácter especial, porque envuelve una tentativa de reparación o reivindicación, en algunos casos felices, todavía en vida de los hombres que merecieron este homenaje. Por todas partes se abre paso un deseo de honrar a los que callada y esforzadamente pusieron los cimientos de este edificio en construcción. Ninguno de estos hombres deja tras sí un sistema articulado y total: hacer hincapié en ello fuera miopía, porque ni en filosofía valen exclusivamente las sistematizaciones completas, ni la ocasión les consintió siquiera olvidarse de la vida circundante para meditar en un laborioso retraimiento. Ante la demanda de obra teórica más configurada y copiosa, casi todos hubieran podido responder con las palabras conmovedoras de uno de ellos: "La vida no me dejó". Filosofaron e hicieron además muchas otras cosas, y por lo general con energía y clarividencia; contribuyeron de vario modo al progreso espiritual de sus patrias, y su aporte fue así más efectivo y oportuno que si se hubieran apartado en una reclusión que en su caso fuera egoísmo. El examen de sus escritos pone de manifiesto la seriedad de una información obtenida con ingente sacrificio y empeño, la hondura de una meditación que no tiene que envidiar en calidad a la de las más famosas inteligencias de otras culturas. Si no pareciera ocioso reiterar lo dicho varias veces, habría que volver, como por vía de ejemplo, sobre la excelsa personalidad de Korn; si no temiera herir una excesiva modestia, hablaría de las virtudes excepcionales de vida y de pensamiento de otro filósofo próximo a nosotros, para el cual hay que recurrir a las palabras que califican la más noble y pura grandeza. Y esto para no recordar ahora sino a los menos distantes en tiempo y espacio de la magnífica constelación.

De muchas maneras se patentiza lo inmediato y genuino de la actual laboriosidad filosófica, su carácter de expresión fiel de una conciencia. Aun sin el menor aliciente exterior, sin otro estímulo que no sea su propio impulso, la vocación aparece y se consolida; la filosofía prospera en las universidades, pero también surge y crece fuera de los recintos académicos, y aun asombraría al divulgarse la diaria ocupación profesional de algunas entre las mentes de más alto rango especulativo. Por lo común, el auxilio externo, aun el más debido y natural, no ha sido considerable: todo se ha impuesto por su íntima energía, corroborada en ocasiones por singulares incitaciones forasteras. Una justa excepción ha de anotarse en cuanto concierne a la ayuda externa: la parte de los diarios mayores y de las revistas ha sido grande en el arraigo y extensión de estas preocupaciones. No se han contentado con acoger la colaboración filosófica, sino que la han solicitado y aun promovido, menudeándola en sus páginas, con frecuencia más de una en un mismo número, estimulando al escritor, familiarizando al lector con estos asuntos, suscitando indirectamente la volun-

tad de comunicación e intercambio entre quienes veían una y otra vez sus firmas bajo artículos de parecido jaez. Algunas revistas han llegado a abrir apartado especial para lo filosófico, y una, la de la UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA (Colombia), se ha adelantado a dar este título a una sección permanente: "La Filosofía en América".

Francisco ROMERO.
("La Nación".—Buenos Aires).

EL DEBATE DE LA HISPANIDAD

El licenciado Alfonso Francisco Ramírez, gentilísimo amigo de esta revista y relieveado miembro de la Cámara de Diputados mejicana, presentó a la legislatura pasada de su nación una iniciativa de decreto para grabar en letras de oro en el salón de aquel alto parlamento el nombre de Hernán Cortés, máximo capitán de la conquista americana. Consideraba el licenciado Ramírez que estaban ya "definitivamente desvaidas las tintebias que la incomprensión y la ignorancia acumularon sobre una de las más grandes figuras que contemplaron los siglos".

Desafortunadamente esta noble iniciativa levantó atuendosa oposición por parte de la mayoría socialista de la Cámara y fue negado así un decreto que implicaba por lo mínimo un acto de buenas maneras y trivial cortesía.

Gacetilleros de todos los meridianos americanos han coreado regocijadamente esta negativa y han usado y abusado de nuevo de gastados decires y mentires, para resucitar imposibles odios contra España y su obra conquistadora en este continente. Mas, para regocijo y tranquilidad de las gentes que creen y aman la Hispanidad, sabemos que los interesados y novísimos detractores de España, apenas si son periodistas de tono menor, levemente idóneos para los menesteres de la historia y cuya vigencia intelectual apenas si traspone los linderos locales. Pero tenemos a la vista el informe de la comisión que estudió ese proyecto de decreto, y aunque difiere poco o nada de los panfletos antihispanos que ya nos acostumbramos a leer y los nombres de los informantes no figuran en el nutrido catálogo de la cultura mejicana, se trata sin embargo de conclusiones dadas y aceptadas en nombre de la Cámara de Diputados de la hermana nación, cuya ascendencia sobre su pueblo es insospechable y por ello de una influencia grande para la historia, la vida y los anhelos mejicanos.

Felizmente, así lo esperamos, ese gran pueblo que heredó de España el mayor y mejor cúmulo de virtudes étnicas, conoce los pródromos de su destino y salvará el momentáneo ofuscamiento de ahora, escuchando y siguiendo a sus verdaderos constructores, y abandonando a los falsos apóstoles que con fácil estructura demagógica,

niegan y reniegan de los auténticos valores espirituales de México y de su inmenso patrimonio cultural.

Los límites definidos y cortos de una nota nos impiden glosar extensamente este informe de la Comisión de la Cámara de Diputados. Apuntaremos apenas algunas afirmaciones que hoy ya acepta la totalidad de las gentes de letras de América y Europa y que sólo en el siglo pasado encontraron opositores de valía. La grandeza de la conquista española no se puede destruir con una página de denuestos al margen de la historia. Sabemos y creemos con Gomara que "la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de las Indias". Sin España y sus conquistas, dijo otro, no se habría podido escribir la historia universal, o sería apenas una serie de episodios sin estructura, dislocados e incompletos. Y se habla airadamente ahora de depredaciones y maldades de los conquistadores, de sus abusos que ciertamente fueron muchos y grandes, "pero ninguna legislación colonial extranjera es comparable a las leyes de Indias: por ellas se prohibió la esclavitud, se proclamó la libertad de los indios, se les prohibió hacerse la guerra, se les brindó la amistad de los españoles, se reglamentó el régimen de la Encomienda para castigar los abusos de los encomenderos, se estatuyó la instrucción y adoctrinamiento de los indios como fin principal e intento de los Reyes de España, se prescribió que las conversiones se hiciesen voluntariamente y se transformó la conquista de América en difusión del espíritu cristiano". Ningún conquistador de ninguna otra raza dijo lo que Alonso de Ojeda al desembarcar en las Antillas: "Dios Nuestro Señor, que es único y eterno, creó el cielo y la tierra y un hombre y una mujer, de los cuales vosotros, yo y todos los hombres que han sido y serán en el mundo, descendemos". Por eso pudo afirmar un ensayista contemporáneo: "De cada veinte hombres cultos no habrá apenas uno que se dé cuenta que América no fue descubierta por el progreso de las artes de la navegación, ni por codicia, sino por el convencimiento de que los habitantes de sus tierras ignotas podrían salvarse lo mismo que nosotros, ni de que lo maravilloso de esta gloria, con la que de un golpe creamos la unidad física del globo, la unidad moral del género humano y la posibilidad de la historia universal, no está en el pasado, sino en el porvenir, lo mismo en lo social que en lo internacional".

Y se difama a Hernán Cortés, el relieve más alto de la conquista, la más severa personalidad de aquellos días, el primordial capitán de la hispanidad y el iniciador del mestizaje de la sangre y de la cultura, que hizo lo que ahora somos los americanos, y que era el único posible escape de lo indígena. Porque España hizo con los aborígenes "lo que ninguna nación del mundo hiciera con los pueblos conquistados: cohibir el embarque de españolas solteras para que el español casara con mujeres indígenas, naciendo así la raza criolla, en la que como Garcilaso de la Vega, tipo representativo del nuevo pueblo que surgía en estos países vírgenes, la robustez del alma española levantaba a su nivel a la débil raza india. Y el español que en su propio solar negó a judíos y árabes la púrpura de su sangre, no tuvo empacho en

amasarla con la sangre india, para que la nueva vida de América fuera, con toda la fuerza de la palabra, vida hispanoamericana”.

Pero la diatriba no pára ahí, en el informe que glosamos, sino que vuelve sus lanzas contra insignes americanos que como Carlos Pereyra dedicó toda su obra a luchar contra el vecino imperialismo e hizo de su “Mito de Monroe” el más egregio alegato contra los Estados Unidos. Y se ataca a José Vasconcelos, un argonista en el mejor sentido, porque escribió alguna vez estas palabras de indiscutible verdad: “Defended al indio que está siendo engañado, porque con pretexto de la arqueología se le amplifica un pasado que fue lóbrego, más aún antes de la conquista que después”.

La iniciativa de grabar en letras de oro el nombre de Herrán Cortés ha sido suspendida; apenas suspendida, de ello damos fe, porque creemos con Ramiro de Maeztu que “un día vendrá, y acaso sea pronto, en que un índio azteca, después de haber recorrido medio mundo, se ponga a contemplar la catedral de México y por primera vez se encuentre sobrecogido ante un espectáculo que le fue toda la vida familiar y que por serlo, no le decía nada. Sentirá súbitamente que las piedras de la Hispanidad son más gloriosas que las del Imperio romano y tienen un significado más profundo, porque mientras Roma no fue más que la conquista, la calzada y el derecho, la Hispanidad, desde el principio, implicó una promesa de hermandad y de elevación para los hombres”.

Gabriel HENAO MEJIA.

LA UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA

“El número de Febrero-Marzo de la Revista de la Universidad Católica Bolivariana (Medellín, Colombia), se abre con un discurso conmemorativo del Rector de la misma, Pbro. Dr. Manuel José Sierra, que invita a la meditación. Digamos, en primer término, que la revista antedicha tiene ya un valor indubitable en la cultura americana. De proyección amplísima, con aguda sensibilidad de los problemas actuales, a sus páginas ha incorporado lo más selecto y representativo del pensamiento contemporáneo. Con frecuencia recoge colaboraciones directas de insignes figuras extranjeras, que aparecen en traducciones que tienen esa ejemplaridad propia de las letras colombianas; otras veces, con un tono de equilibrio, es la producción nacional — ciencia, ensayo, poesía — la que nos llega en esta revista de pulcra presentación y de un admirable sentido de unidad, expresado en su diversidad misma. (Aquí la íntima unidad está en el espíritu católico de la revista: como lo está también en la afirmación sustantiva de la Universidad que le da nombre). Desde el número 10 se ha iniciado en la excelente Revista, con paginación distinta, la publicación de unos *Cuadernillos de Poesía Colombiana*: se trata de una labor antológica muy bella, a la

que precede un breve estudio, útil en el aspecto informativo y muy ponderado y preciso en la valoración crítica. El último cuadernillo está dedicado a la fuerte personalidad de Porfirio Barba Jacob.

El interesantísimo discurso del Dr. Manuel José Sierra, pronunciado en la solemne clausura del año universitario (1939), es una somera historia de la institución que dirige. Lo titula: *Travesía histórica de nuestra Universidad*. Hay una expresión que condensa el esfuerzo de estos tres años fecundos: superación del positivismo. Parte el Rector de la Universidad Católica Bolivariana de unos conceptos muy expresivos del insigne profesor de filosofía D. Manuel García Morente, que acababa de ingresar en la Orden Mercedaria, después de una etapa fecunda de trabajo y de inquietud:

"La vida, dice García Morente, es vida ascendente o es vida descendente. Quieta no está nunca. El estudio y cultivo de las humanidades es lo único que podrá devolvernos una visión real de la vida ascendente; nos enseñarán que tanto la ciencia como la técnica tienen un valor exclusivamente cuando se ponen al servicio de un ideal de vida, de un tipo de ser humano hacia el cual quisiéramos ascender en un esfuerzo continuado".

Traza después el doctor Sierra, un vigoroso cuadro del positivismo finisecular. Era un mundo de exactitud... aparente. La Universidad Católica Bolivariana, para ser fiel a su amplia denominación, ha superado esas limitaciones. No ha querido difundir conocimientos solamente: ha tratado de concretar un ideal de vida.

Estos tres años de *prendizaje y heroísmo* han esetado transidos de preocupaciones morales. Recordando la expresión de San Pablo, los animadores de esta Universidad han tratado de descubrir al *hombre nuevo*. El hombre que permanecía en un hostil silencio, frente a un pavoroso enigma, después de haber andado los más diversos caminos de la ciencia.

La actitud de conciencia que supone el programa de la Universidad Bolivariana, la que expresa el discurso al que dedicamos esta breve nota, la que cabalmente representa la Revista, que es su magnífico órgano en la prensa, es un síntoma más de que, día a día, los genuinos valores espirituales son el centro vital, la afirmación más real de un americanismo auténtico, amplio y constructivo".

José María CHACON Y CALVO.
(De "Revista Cubana"—La Habana,
Vol. XIV—Julio-Dbre. de 1940).

Esta novísima creación editorial que funciona en los países australes, quiere propiciar la difusión de los mejores escritores modernos de América. La sola intención es altamente encomiable, dado lo precario del intercambio cultural entre las naciones de este vasto conglomerado, y lo que él significa para sus relaciones de amistad. El mismo Presidente de la Argentina decía al Club, cuando se hizo socio, que "debe procurarse una mayor difusión de la producción literaria de los escritores de América", como medio eficaz de acrecentar el conocimiento y comprensión entre los pueblos. Y esto, indudablemente, es más decisivo que algunas panaceas, faltas de razón y de espíritu.

A. L. A. publica mensualmente obras inéditas, o bien, libros brasileños y norteamericanos no vertidos antes al español. Es así como regularmente presenta valores desconocidos en muchos países, que no por eso dejan de ser genuinos representantes de la más nueva y valiosa avanzada intelectual. Aun cuando las obras sean de autores ya desaparecidos, no pierden su significado de verdaderos hallazgos, como en el caso de Machado de Assis, que, a pesar de ser la más alta gloria literaria del Brasil y de pertenecer a la segunda mitad del siglo pasado, es un escritor muy poco conocido en lengua española. Todas ellas son obras de contenido intensamente humano, que proporcionan a la vez deleite e instrucción, para quien sepa bucear en el alma oscura de personajes contradictorios, de extracción típicamente americana. Cada una de estas entregas es una primicia literaria, en la que trasciende el alma americana concretada en tipos y paisajes de honda significación.

El socio de A. L. A. está liberado, por otra parte, de la abominable tiranía de las malas ediciones, porque la impecable presentación satisface al más exigente lector. Y ello por módicas prestaciones económicas, que ponen la institución al alcance de toda clase de público. Más de 10.000 socios en los países del Sur atestiguan el interés que ha despertado esta institución cultural de acercamiento americano.

La Biblioteca de la Universidad ha enriquecido sus estantes con las obras publicadas por el Club en la segunda serie, las cuales serán comentadas en posteriores ediciones de esta misma revista.

Rigoberto ECHEVERRI S.